

pero Giezi, su criado, no quedaba contento. Le pareció que el hombre de Dios había sido demasiado generoso y decía entre sí : Mi amo ha perdonado á este Naaman , no recibiendo de él cosa alguna de lo que le ha traído ; pues, vive el Señor, que yo iré corriendo en pos de él y recibiré algo. Corrió Giezi en seguimiento de Naaman, y cuando este le vió correr hácia sí, saltó prontamente del carro y yendo á su encuentro, le dijo : ¿ Va todo bien ? y Giezi le respondió : Bien va ; pero mi señor me envia á que os diga : Acaban de llegar dos jóvenes del monte de Efrain, de los hijos de los profetas, dadles un talento de plata y dos mudas de vestidos. Mejor es, dijo Naaman, que lleves dos talentos, y le obligó á consentir en ello. Ató dos talentos de plata en dos sacos y dos mudas de vestidos y los cargó sobre dos criados, que los llevaron delante de Giezi. Habiendo llegado por la tarde á su casa, los tomó y los guardó en ella, y los criados se volvieron.

Giezi se presentó á Eliséo muy fresco y como si nada hubiera pasado. ¿ De dónde vienes ? le preguntó Eliséo, y Giezi le respondió : Vuestro siervo no ha ido á parte alguna. ¿ Pues qué no estaba presente mi espíritu cuando Naaman volvió de su carro á tu encuentro ? Ahora, pues, tú has tomado dinero y vestidos para comprar olivares y viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas, pues tambien la lepra de Naaman se pegará á ti y á tu linaje para siempre ; y Giezi salió de la presencia de Eliséo leproso como la nieve, esto es, cubierto de una lepra blanca como la nieve que era la mas dolorosa. Confundido y desconsolado se retiró Giezi de la casa de Eliséo y de la compañía de casi todos los Israelitas, con quienes no podian tener sociedad los leprosos, y se conjetura que por las oraciones del profeta y su arrepentimiento tuvo el Señor á bien librarle de ella ; pero lo que no admite conjeturas, es que en mas de medio siglo que vivió Eliséo despues de este suceso no se vuelve á ver que se sirviese de Giezi.

Sucedió con este milagro tan ruidoso poco mas ó menos que con los precedentes. En la corte de Israel se habló un poco mas de él, porque habia sacado al rey de su apuro ; y en la de Siria, porque se volvió á ver en ella al leproso Naaman lleno de salud ; pero ni en Israel se dejó de adorar á los dioses falsos, ni en Siria se adoró al Dios verdadero, si se exceptúa al agradecido, fiel y religioso Naaman.

Celadas del rey de Siria para coger prisionero al rey de Israel.

No habia por este tiempo una guerra declarada entre los reyes de Siria y de Israel ; pero habia frecuentes hostilidades. Los Sirios hacian correrías por las tierras de Israel, y los Israelitas las hacian por las de Siria. Con este motivo pensó el rey de Siria en acabar la guerra sin declararla, y el medio era coger al rey de Israel prisionero. Se informó menudamente de los dias y horas en que salia de su corte, de los sitios donde paseaba, y de la duracion de sus paseos y guardia que le acompañaba. Con estas noticias hizo salir por varios caminos pequeños cuerpos de tropas ; como para hacer correrías, pero dirigidas todas á emboscarse en el punto que habia escogido para la sorpresa. Estaban tan bien tomadas las medidas que solo por un milagro podria librarse el rey de Israel de caer en sus manos, y efectivamente un milagro le libró. No era por cierto acreedor á conservar su vida á costa de un prodigio un rey á quien no habian convertido tantos milagros ; pero el Señor queria agotar, por decirlo así, su misericordia y cargarse de toda justicia antes de descargar el golpe terrible con que estaba amenazado, si no hacia penitencia.

Eliséo las descubre.

Eliséo se había trasladado de Gálgala á Dotan, ciudad cercana á Samaria, algunos meses antes, y en Dotan le reveló el Señor la emboscada de los Sirios. Avisó inmediatamente al rey de Israel, y este les previno. Creyó el rey de Siria que esta prevención del rey de Israel habria sido por una casualidad, y repitió la emboscada; pero le sucedió lo mismo, no solo en dos, ni en tres, sino en mas veces. Asonbrado al ver que se descubrian siempre sus disposiciones, juntó sus ministros y les dijo muy enojado: ¿Porqué no me manifestais quién es el que me hace traición para con el rey de Israel? De ningún modo hay traición, mi Señor y mi rey, dijo uno. Lo que hay es que Eliséo, el profeta de Israel, descubre al rey cuanto hablais en vuestros mas secretos consejos. Desatinado estaba el rey de Siria porque no sabía quién manifestaba al de Israel sus secretos, pero ahora que lo sabe, está mas desatinado. Manda que averigüen dónde vive Eliséo para ir á sorprenderle. ¡Qué disparate! ¡Pues qué! el que sabía los secretos de su gabinete ¿no sabia evitar su sorpresa como la de su rey? Pero la cólera no ve, y el rey de Siria rebosaba en cólera.

Intenta sorprender con sus tropas á Eliséo, y Eliséo las sorprende.

Averiguó que Eliséo estaba en Dotan y envió á sorprenderle, no ya un cuerpo de tropas, sino la caballería, los carros armados y lo mas fuerte del ejército. Llegaron de noche á la ciudad y luego la rodearon. Levantándose (al amanecer) el criado del profeta, que ya no era Giezi, vió al rededor de la ciudad el ejército, los caballos y los carros, y vino despavorido al profeta,

diciendo: ¡Ay, ay, ay, señor mío! ¿Qué harémos? (porque estamos cercados por un ejército de Sirios)... Bien lo sabía el profeta, y se habria retirado de la ciudad en tiempo, si le hubiera convenido, pero importaba mas esperarlos. No temas, dijo Eliséo al criado, porque mas hay con nosotros que con ellos. Entonces se puso en oración y dijo: Abrid, Señor, los ojos de este para que vea; y abrió el Señor los ojos del criado y vió: y hé aquí un monte, y sobre él Eliséo rodeado de caballos y de carros de fuego. Con esta vision el criado se mostró ya tan intrépido, como cobarde se habia manifestado antes. Salieron de Dotan amo y criado y tomaron el camino de Samaria; pero luego fueron sorprendidos por los Sirios. Entonces Eliséo pidió al Señor diciendo: Hieres á esta gente con ceguera, y el Señor los hirió para que no viesen segun la palabra de Eliséo. Esta ceguera no era sino un deslumbramiento ó desatinamiento que no les permitia reconocer los objetos, como sucedió á los Sodomitas con la casa de Lot y á los Judíos con Jesucristo, que pasaba por medio de los que le buscaban sin que le conociesen. Los Sirios así deslumbrados preguntaron á Eliséo por Eliséo y el lugar en que habitaba, y les contestó el profeta: No es esta la ciudad donde hallaréis á Eliséo. Seguidme y yo os manifestaré este varon que buscáis, y los condujo á Samaria. Luego que hubieron entrado en la ciudad, dijo Eliséo: Abrid, Señor, los ojos de estos para que vean; y vieron... ¡qué asombro! que era Eliséo el que les conducia y que se hallaban en medio de Samaria, capital de su enemigo.

Caridad que usó con ellos Eliséo.

Cuando el rey los vió en sus manos, dijo á Eliséo: ¿Los heriré, padre mío? No, respondió el profeta; porque no los has hecho prisioneros con tu espada ni con tu arco; antes pondrás delante de ellos pan y agua para

que coman y beban y se vuelvan á su señor, el rey de Siria. Les pusieron, pues, de comer y de beber en grande abundancia, y comieron y bebieron con un gozo y alegría inexplicable, porque solo habian contado ya con la muerte. Se despidieron en paz y se volvieron á Siria, donde contaron su prodigioso suceso, la piedad de Eliséo que les habia librado de la muerte, y la generosidad del rey que les habia presentado mesas abundantes.

Ingratitud del rey de Syria y sitio de Samaria.

Parecia que la conservacion de lo mas robusto del ejército de Siria, sus carros y caballos y el generoso trato que habian recibido de sus mismos enemigos debian hacer caer las armas de las manos de Benadad su rey, manifestarse lleno de agradecimiento y hacer una paz sincera y perpétua con el rey de Israel; pero nada sucedió de eso, y si se exceptúan las incursiones de los ladrones que cesaron desde entonces, en lo demás el rey de Siria siguió portándose como antes y aun peor. Creyó que haber recibido un beneficio del rey de Israel era para él una afrenta, y solo pensó en vengarse. Hasta del retiro de los ladrones que hacian antes correrías por las tierras de Israel se aprovechó Benadad, porque engrosó con ellos su ejército. No parece que pasó mas tiempo en presentarse á las puertas de Samaria y cercar la corte del rey de Israel que el necesario para ordenar su ejército y hacer las prevenciones de guerra, aunque nada nos dicen los Libros santos de este famoso sitio que se cree duró cerca de dos años, sino el apuro en que puso Benadad á Samaria y el modo milagroso con que Joran salió de él, y que vamos á referir.

Hambre en este sitio.

Corria el año quinto del hambre con que por siete castigó el Señor á Israel. El sitio era cada vez mas riguroso y los alimentos escasearon tanto y se pusieron tan caros que llegó á venderse, dice el historiador sagrado, la cabeza de un asno en ochenta monedas de plata (mas de seiscientos y treinta reales), y el cuartillo de un cabo (como catorce onzas) de estiércol de palomas en cinco (mas de treinta y nueve reales); pero sobre todo el caso siguiente manifiesta el extremo á que llegó el hambre y á lo que obliga.

Caso terrible entre dos madres.

Pasaba el rey un dia por el muro reconociendo el estado del sitio y le gritó una mujer: Salvadme, mi rey y señor. Volvióse á ella el rey, y en la imposibilidad de socorrerla; si el Señor no te salva, la dijo, ¿cómo puedo yo salvarte? ¿qué quieres que yo haga? (justicia, señor, justicia). Esta mujer (que traigo á vuestro tribunal) me dijo: Da hoy tu hijo para comérnosle, y despues nos comeremos el mio. Cocimos mi hijo y nos le hemos comido, y yo la he dicho: Da tu hijo para que nos le comamos, y ella le ha escondido (y no le quiere entregar). Estremecido el rey al oír cosa tan horrible, no tuvo ánimo bastante para responderla. Rasgó sus vestiduras y continuó caminando sobre el muro. Entonees vió todo el pueblo el cilicio que llevaba vestido á raiz de la carne; porque al fin, agobiado con el peso de tantos males, se habia humillado y procuraba aplacar al Señor, á ejemplo de su padre Acab, penitente por algunos dias; pero en vano afligia su carne, no agotando el manantial de las calamidades públicas, que era la idolatría. El caso que acababa de oír en vez de aumentar su arrepenti-

miento y sus ruegos al Señor, le arrojó en la desesperación y protestó la ejecución de un crimen hasta con juramento. Esto haga conmigo el Señor, dijo, y esto añada, si la cabeza de Eliséo queda hoy sobre sus hombros. Ya este rey blasfemo había echado la culpa á Dios de la falta de agua en los desiertos de Idumea, y ahora la quiere echar al hombre de Dios del hambre de Samaria.

Estaba Eliséo en su casa y con él los ancianos de la ciudad, cuando el rey en su furor mandó á un verdugo que fuese á la casa del profeta y le cortara la cabeza; pero antes que llegase aquel portador de la muerte, dijo Eliséo á los ancianos: ¿Sabeis que el hijo del homicida (Acab) ha enviado aquí á cortarme la cabeza? Cuidad, pues, cuando venga el verdugo, de cerrarle la puerta y no dejarle entrar porque el rey viene detrás de él (á esportar la ejecución). Aun estaba hablando Eliséo, cuando apareció el verdugo, y en seguida el rey, que entrando en la casa del profeta, dijo: Hé ahí que todo este gran mal nos viene del Señor; ¿qué esperaré ya del Señor?

Pronóstico de Eliséo.

Eliséo no hizo cargo al rey de la blasfemia que acababa de proferir, ni del decreto de muerte que había pronunciado contra su vida, y sin hablarle ni una sola palabra, oid, dijo (á toda la concurrencia), oid la palabra del Señor. Mañana á esta hora el modio (dos celemines), de flor de harina costará en la puerta de Samaria un estáter (dos reales); entonces uno de los capitanes, sobre cuyo brazo se apoyaba el rey, dijo al hombre de Dios: Aunque el Señor abriese cataratas en el cielo (para llover trigo sobre la tierra) ¿podría suceder lo que decís? Con tus ojos lo verás, dijo el profeta, pero no lo comerás.

Habia cuatro leprosos á la entrada de la puerta de Samaria, por fuera y distantes de ella segun la ley, y

cuando llegó á tanto el hambre, que ya nadie les socorria, dijeron unos á otros: ¿Para qué nos hemos de estar aquí hasta morirnos? vamos al campamento de los Sirios. Si nos perdonasen la vida, vivirémos, y si quisiesen matarnos, lo mismo es, porque tambien aquí morirémos. Salieron, pues, al anochecer y se dirigieron al campamento de los Sirios, y cuando llegaron á la entrada, á nadie hallaron, porque el Señor había hecho que se oyese en el campamento un ruido espantoso de carros, caballos, y un ejército muy numeroso, y dijeron: Sin duda el rey de Israel ha traído en su socorro á los reyes de los Heteos y de los Egipcios y viene sobre nosotros. Con este miedo se levantaron, echaron á huir entre las tinieblas de la noche y dejaron sus tiendas, sus caballos y sus asnos en el campamento, anhelando solamente á salvar sus vidas.

Luego que llegaron los leprosos al principio del campamento, entraron en una tienda, comieron y bebieron, y tomaron plata, oro y vestidos, y lo escondieron. Fueron á otra tienda é hicieron lo mismo. Entonces ya dijeron: No obramos bien, porque este dia es de buena nueva; si calláremos y no diéremos parte hasta mañana, podrá en este tiempo suceder cualquiera cosa, y se nos acusará de reos. Vamos, pues, á dar aviso en el palacio del rey; y habiendo llegado á la puerta de la ciudad, donde no podían entrar como leprosos, dijeron á la guardia: Hemos ido al campamento y no hemos hallado hombre alguno, sino caballos y asnos atados y tiendas colgadas; y los guardias dieron aviso al rey, el cual se levantó de noche y dijo á sus siervos: Hé aquí lo que han hecho con nosotros los Sirios. Saben que estamos acosados del hambre, y por eso se han salido del campamento y estan escondidos por los campos, esperando que salgamos de la ciudad para cogernos vivos y entrar despues en ella, y dijo al rey uno de ellos: Tomemos cinco caballos que nos han quedado, y con ellos podemos hacer una descubierta. Trajeron dos de los cinco

y envió el rey dos exploradores al campamento de los Sirios, diciéndoles : Id y ved. Estos se dirigieron al campamento, siguieron las huellas de los Sirios hasta el Jordán, que ya habían pasado : hallaron todo el camino lleno de vestidos y de vasos que habían arrojado en su huida, y vinieron y lo dijeron al rey.

Entonces el rey, que por precaucion á nadie había permitido salir de la ciudad hasta que volviesen los exploradores, mandó abrir las puertas, y saliendo el pueblo, saqueó el campamento de los Sirios, y se halló tanta abundancia de víveres, que un modio de flor de harina se vendió por un estáter, y dos modios de cebada por un estáter segun la palabra del Señor. El rey, para conservar el orden, puso á la puerta de la ciudad aquel oficial sobre cuyo brazo se apoyaba, al cual atropelló el gentío y murió, conforme á esto que había dicho el varon de Dios : Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás; con lo cual quedó concluido todo lo que había anunciado Eliséo.

Los prodigios eran incontestables y el rey y todo Israel eran testigos de ellos, pero ni el rey ni Israel mudaron de conducta. Nada sirve que el entendimiento esté convencido, si la pasion tiene preso el corazon y no le deja seguir sus luces. La idolatría y el culto de los becerros de oro seguian triunfando de la verdadera religion y de los milagros. El hambre, que había siete años que desolaba el reino, cesó por este tiempo, y el Señor por un nuevo género de castigo dejó de castigar. El rey y los súbditos se creyeron inocentes porque no continuaba sus golpes la divina Justicia, y no pensaron que la multiplicacion de delitos á que daba lugar este reposo, llenaba la medida para que viniesen sobre ellos las mayores calamidades.

Restitucion de sus bienes á la Sunamitis.

Despues del levantamiento del sitio de Samaria, Eliséo se retiró á la soledad, y su misma ausencia parecia dar motivo á hablar mas de sus prodigios. Siempre en las cortes se encuentra lo mas incrédulo y lo mas curioso. Los cortesanos hablaban de ellos con tanta frecuencia como inutilidad, y el rey quiso tambien saber, no solo los hechos, sino las circunstancias que les habían acompañado. Dijéronle que Giezi, criado antiguo de Eliséo, y que le había acompañado siempre hasta que contrajo de lepra de Naaman, era el hombre mas á propósito para satisfacer en esta parte la curiosidad del rey. Joran hizo llamar á Giezi, y fuera que estuviese ya limpio de la lepra, ó que de lo contrario hablase al rey desde cierta distancia, como los leprosos que hablaron á Jesucristo, lo cierto es, que tuvo su entrevista con el rey. Cuéntame, le dijo el monarca, las maravillas que ha hecho Eliséo (y que no han pasado á mi vista), y Giezi comenzó luego su historia, y la referia tanto mas circunstanciadamente, cuanto queria mas á su antiguo amo, y se gloriaba de haber sido su criado; pero al mejor tiempo y cuando estaba contando el modo con que Eliséo había resucitado al hijo de la Sunamitis, se presentó una mujer con un niño de la mano (habría muerto su marido) clamando al rey por su casa y por sus tierras. Giezi la conoció, y fuera de sí de gozo, exclamó : Esta es, mi señor y mi rey, esta es la mujer de quien os estoy hablando, y este es el niño que resucitó mi buen amo. El rey tuvo un singular contento de esta ocurrencia, y gustó de que la misma mujer le refriese los prodigios; y se los refirió cual nadie podía hacerlo como ella. La preguntó despues sobre su demanda, y ella contestó diciendo : que tenía casa y posesiones en Israel, pero que avisada por el mismo Eliséo del hambre de siete años que iba á afligir al reino, y guiada por su consejo, se

habia retirado con su familia al pais de los Filisteos. Que habiendo cesado el hambre, y vuelto á su ciudad de Suna, habia hallado ocupada su casa y posesiones por hombres poderosos que se negaban á entregárselas : que esta era su demanda. Vió el rey que la peticion era justa, y mandó á uno de sus ministros que la acompañase á Suna y la pusiese en posesion de todos sus bienes y además de todas las rentas que habian producido. Nada mas dice la historia, ni del leproso Giezi, ni de la famosa Sunamitis.

Consulta el rey de Syria á Eliséo sobre su enfermidad.

Por este tiempo pasó Eliséo á Damasco en ocasion que Benadad, rey de Siria, estaba enfermo. Dieron aviso al rey de su venida, y dijo el rey á Hazael, su primer ministro y privado : Toma contigo presentes, vé á su encuentro y consulta por él al Señor si podré salir de esta mi enfermedad. Fué, pues, Hazael á encontrarle llevando consigo cuarenta camellos cargados de lo mas precioso de Damasco, y puesto en su presencia, dijo : Vuestro hijo Benadad, rey de Siria, me envia á preguntaros si podrá sanar de su enfermedad. Dile, respondió Eliséo, que sanará (porque en efecto su enfermedad no era mortal), pero el Señor me ha dicho, añadió, que morirá de muerte (porque le quitarian la vida violentamente). Dicho esto, el varon de Dios quedó inmóvil, se turbó, se le mudó el semblante y echó á llorar. Muy admirado Hazael de lo que veía, le preguntó : ¿Pues porqué llora mi señor? Porque sé, dijo el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israel. Entregarás al fuego sus ciudades muradas, pasarás á cuchillo sus jóvenes, estrellarás sus niños, y dividirás á las embarazadas. Pues qué, dijo aquí Hazael, ¿soy yo algun perro para hacer cosas semejantes? El Señor, dijo entonces Eliséo, me ha revelado que tú serás rey de Siria, y se retiró.

Muere sofocado por Hazael y este ocupa el trono.

Hazael era aquel á quien Elías de orden del Señor habia ungido secretamente rey de Siria hacia ya mas de veinte y cinco años. Esta uncion, la altura en que se veía colocado, y su privanza con el rey le hacian mirar ya cercano el trono, y la declaracion de Eliséo le confirmó en esta idea. Hazael debia esperar que le colocase en él la mano del Señor que le habia elegido, pero el resplandor de una corona tan cercana le deslumbró y ya no pensó sino en ceñírsela. Despedido de Eliséo, volvió á su señor, quien le preguntó al momento : ¿Qué te ha dicho Eliséo? Me ha dicho que recobraréis la salud; pero Hazael, regicida ya de intencion y de deseo, no tardó en serlo de hecho. El dia siguiente tomó un coberter, lo empapó en agua, y cuando fué á ver al rey, echándole sobre su cara, le cortó el habla y la respiracion y le ahogó; y muerto el rey, reinó el regicida en su lugar. Algunos años despues justificó excesivamente las lágrimas que su vista habia sacado de los ojos del profeta, como verémos á su tiempo.

Declara el rey de Israel la guerra á la Siria y le acompaña el rey de Judá.

Joran, que despues del cerco de Samaria en que los Sirios le habian hecho sufrir tanto, no pensaba sino en desquitarse, creyó que la muerte de Benadad le presentaba circunstancias muy favorables, porque un usurpador elevado al trono sobre el cadáver de su rey, no debia hallarse ni seguro, ni en estado de hacer gran resistencia. Declaró, pues, la guerra á Hazael y la principió por el cerco de Ramot Galaad, de aquella fortaleza que habia causado la muerte de Acab, su padre, y puesto en tanto peligro la vida de Josafát. Para esta guerra se

había coligado con Ocozías, rey de Judá, y ambos reyes fueron al frente de sus tropas á la conquista de Ramot Galaad. Joran recibió muchas heridas en los primeros encuentros y tuvo que retirarse á Jezrael á curarse, dejando la continuacion del sitio á Jehú, hijo de Josafát y nieto de Nansi, que mandaba el ejército bajo las órdenes de los dos reyes. El de Judá había salido sin heridas del combate, y pasó también á Jezrael á visitar á Joran y consolarle. Jehú era un gran general, y supo muy bien pasarse sin los dos reyes. Despues de algunos meses y de varios ataques se hizo dueño de la ciudad y se estableció en ella, y aquí se preparó el teatro de las escenas sangrientas anunciadas tantas veces por los profetas y que iban á vengar al Señor de un modo terrible.

Un discípulo de Eliséo unge á Jehú rey sobre Israel.

Á este tiempo llamó Eliséo á uno de los hijos de los profetas, y le dijo : Cínete tus vestidos, toma esta ampollita de aceite y vé á Ramot Galaad. Cuando llegares, irás á la casa de Jehú, le llamarás de en medio de sus camaradas, le llevarás á un cuarto retirado, y allí tomando la ampollita de aceite, la derramarás sobre su cabeza y le dirás : Esto dice el Señor : Te he unguido rey sobre Israel. Abrirás al momento la puerta y huirás de allí. Fué, pues, el jóven profeta á Ramot Galaad, entró en la habitación de Jehú, y viendo allí sentados á los primeros oficiales del ejército, dijo : Tengo una palabra que comunicaros ¡oh príncipe! y dijo Jehú : ¿Á quién de todos nosotros? Á vos ¡oh príncipe! Levantóse Jehú y entró en un aposento, y el jóven enviado por Eliséo derramó el aceite sobre su cabeza, y dijo : Esto dice el Señor : Te he unguido rey sobre Israel, mi pueblo, y herirás la casa de Acab, tu señor, y (por tu mano) vengaré la sangre de mis profetas y la sangre de todos mis siervos de la mano de Jezabel, y destruiré toda la casa de

Acab, y mataré de la casa de Acab hasta el que está encerrado en el vientre de su madre, hasta el postrero de su familia en Israel, hasta el perro que mea á la pared. Trataré á la casa de Acab como á la casa de Jeroboan, hijo de Nabat, y como á la casa de Baasa, hijo de Ahías. Y á Jezabel comerán los perros en el campo de Jezrael y no habrá quien la entierre, y abrió la puerta y huyó.

Volvió Jehú adonde estaban sus camaradas, los cuales le preguntaron : ¿Va bien todo? ¿Á qué fin ha venido á ti ese loco? (tal es el nombre que una oficialidad idólatra da al profeta del Señor). ¿Conoceis, dijo Jehú, á ese hombre y lo que ha dicho? Ello es falso, le dijeron; sin embargo dínoslo. Y Jehú dijo : Así y así me habló, y dijo : Esto dice el Señor : te he unguido rey sobre Israel. (¡Tú qué dices!) Al momento se levantaron todos apresurados y tomando cada uno su capa, las pusieron bajo de los piés de Jehú á manera de tribunal, y tocando la trompeta, gritaron á una voz : Reinó Jehú, y luego fué proclamado rey de Israel por todo el ejército. Era Jehú muy advertido y previsor, y su primera atencion se dirigió á sorprender en Jezrael á Joran antes que huyese á Samaria, donde no bastaría todo el ejército para sacarle de ella. Si lo teneis á bien, dijo á los oficiales, ninguno salga de la ciudad para que no vaya á dar la noticia en Jezrael. Todos aprobaron el pensamiento, y luego se pusieron en marcha para Jezrael con todo el ejército y su nuevo rey al frente. Cuando ya se pudieron ver desde la ciudad las primeras tropas, dijo el centinela que estaba en la torre : Veo un tropel de gente, y mandó Joran á uno de sus oficiales que tomase inmediatamente un carro, saliese al encuentro y preguntase : ¿Por ventura va bien todo? Fué, pues, el oficial inmediatamente á su encuentro y dijo : Esto pregunta el rey : ¿Está todo en paz? ¿Qué tienes tú con la paz? respondió Jehú : pasa atrás y sígueme. Dió aviso el centinela segunda vez diciendo : El oficial llegó á ellos, y no vuelve. Envió Joran otro oficial á su encuentro y dijo : Esto pregunta el rey :

¿Tenemos paz? Y respondió Jehú : ¿Qué tienes tú con la paz? Pasa atrás y sígueme; y el centinela dió aviso, diciendo : El oficial ha llegado hasta ellos y no vuelve, y añadió : el andar es de Jehú, nieto de Nansi, porque viene con precipitación.

Muerte de Joran, rey de Israel.

Aquí ya dijo Joran : Uncid mi carro; y le uncieron, y saliendo Joran, rey de Israel, y Ocozías, rey de Judá, cada uno en su carro, fueron al encuentro de Jehú y le hallaron en el campo de Nabot Jezraelita. Luego que Joran vió á Jehú, le dijo : Jehú, ¿hay paz? ¿Qué paz? respondió Jehú. Las fornicaciones de Jezabel, tu madre, y sus abominaciones estan en su fuerza. Entonces Joran volvió riendas, y huyendo, dijo á Ocozías : Traición, Ocozías; pero Jehú templó su arco, arrojó su flecha é hirió á Joran entre las espaldas, pasando la saeta por su corazón. Al punto cayó Joran muerto en el carro; y dijo Jehú al capitán Badacer : Sácale y tírale en el campo de Nabot Jezraelita, porque tengo presente que, cuando tú y yo sentados en un carro seguíamos á Acab, su padre, el Señor pronunció contra él esta sentencia : Yo tomaré venganza en ti (en tu sangre) de la sangre de Nabot y de la sangre de sus hijos (que como de aquí consta fueron muertos también con su padre).

Muerte de Ocozías, rey de Judá.

Viendo esto Ocozías, rey de Judá, huyó por el camino de la huerta (hecha de la viña de Nabot), y Jehú le fué persiguiendo y dijo á sus tropas : Herid también á este en su carro, y le hirieron en la subida de Gaver, y herido pudo huir hasta Magedo, donde murió. Sus criados le pusieron en su carro, le llevaron á Jerusalén

y le enterraron en el sepulcro de sus padres en la ciudad de David. Este fin tuvieron los dos reyes de Israel y de Judá, el primero despues de once años de reinado, y el segundo de un año escaso; y con esto quedaron instruidos los dos reinos de que mas pronto ó mas tarde las amenazas del Señor se cumplen, cuando los culpables no las previenen con la penitencia.

JEHÚ, UNDÉCIMO REY DE ISRAEL.

Los primeros golpes de Jehú, aunque en personas tan elevadas, no eran mas que la señal de la tragedia sangrienta que se principiaba á ejecutar. Aun vivía la mujer mas indigna de vivir. Esta era Jezabel, mujer de Acab y madre de Joran. Jehú, despues de la muerte de Ocozías, volvió sobre Jezrael, donde habia quedado Jezabel, y cuando esta mujer soberbia supo que se acercaba Jehú, se pintó los ojos, adornó su cabeza y se puso á mirar por la ventana (que habia sobre la puerta de la ciudad) á Jehú que entraba, y principió á acusarle y provocarle diciendo : ¿Puede acaso tener paz (el nuevo) Zambri que ha quitado la vida á su señor? ¿Qué mujer es esa? preguntó Jehú levantando su vista á la ventana; y los dos eunucos que estaban á sus lados contestaron con una profunda reverencia. El nuevo rey la conoció y dijo á los dos que la acompañaban : Arrojadla de la ventana, y ellos la arrojaron.

Muerte de Jezabel, madre de Joran.

Jezabel fué estrellada á la puerta de la ciudad, su sangre saltó por todas partes y regó hasta las paredes de la entrada, y los caballos que pasaban la pisaron y trillaron. Libre Jehú de esta furia que habia despedazado por mas de treinta años el reino de Israel, degollado

sus profetas, perseguido y aniquilado en cuanto habia podido el culto del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y establecido y fomentado por cuantos medios habia encontrado el de Baal, ídolo de los Sidonios... y cumplida la primera parte de la sentencia, tantas veces pronunciada contra esta impía, entró Jehú en palacio á comer con los principales oficiales del ejército. En la comida se acordó de Jezabel y dijo á una partida de su guardia : Id y ved esa maldita y enterradla; porque al fin es hija de rey. Cuando fueron, ya no hallaron mas que la calavera, los piés y las extremidades de las manos; y volviéndose asombrados á decirlo á Jehú, se ha cumplido, dijo Jehú al oírlo, la palabra que el Señor anunció por boca de su siervo Elías Tesbite : En el campo de Jezrael comerán los perros las carnes de Jezabel, y sus reliquias (serán derramadas) en el campo de Jezrael, como el estiércol sobre la haz de la tierra; y preguntarán los que pasen : ¡ Es esta aquella Jezabel!!!

Muerte de setenta príncipes, hijos de Acab.

Solo habian muerto hasta ahora de la casa de Acab los malvados que no merecian ni la clemencia de Dios, ni la compasion de los hombres; pero debia ser derramada toda la sangre de Acab. Así lo habia ordenado el Árbitro soberano de la sangre y de la vida de los hombres para escarmiento de los grandes criminales. Setenta príncipes, hijos de Acab, se contaban en Samaria; y escribió Jehú una carta á los principales de la ciudad, á los ancianos y á los ayos de los hijos de Acab, diciendo : Luego que recibais esta carta los que teneis los hijos de vuestro dueño, los carros, los caballos y las ciudades fuertes, elegid al que os parezca mejor y colocadle sobre el trono de su padre y combatid por su causa.

Al leerla, todos quedaron asombrados y dijeron : Dos

reyes no pudieron hacerle frente, ¿podrémos resistirle nosotros? Enviaron, pues, á decir á Jehú los mayordomos de palacio, los que gobernaban la ciudad, los ancianos y los ayos : Vasallos vuestros somos : harémos lo que nos mandeis. Nosotros no constituirémos rey. Haced lo que os parezca bien. Esta sumision de la capital, ciudad tan fuerte que habia resistido tantos años á todo el poder de la Siria, no debió mirarse sino como obra del Señor, que ponía en manos de Jehú la descendencia de Acab para que la exterminase. El nuevo rey se aprovechó sin perder momento de esta sumision y escribió segunda carta, diciendo : Si sois míos y me obedecéis, tomad las cabezas de los hijos de vuestro dueño y venid á mí mañana á Jezrael á esta misma hora. La órden era terrible, erizaba los cabellos; pero era mas terrible el miedo que les infundia Jehú. Tomaron, pues, los setenta hijos del rey y los decapitaron, y poniendo sus cabezas en cestos, las enviaron á Jezrael. Llegó á la ciudad de noche, cuando ya estaban cerradas las puertas, el imponente y lastimoso presente de setenta cabezas reales; y avisado Jehú de su llegada, mandó que las pusiesen en dos montones á los dos lados de la entrada de la ciudad hasta la mañana. Luego que llegó el dia, fué Jehú allá y habló á todo el pueblo que habia concurrido, diciendo : Justos sois. Si yo conspiré contra mi señor y le he quitado la vida, ¿quién ha muerto á todos estos? Conoced, pues, que no ha caido en tierra ninguna de las palabras que habló el Señor acerca de la casa de Acab, y que el Señor ha hecho lo que habló por boca de su siervo Elías; que fué decirles : Las muertes de tantos hombres de la familia de Acab son golpes de la ira del Señor, que despues de tantos años, tantas amenazas y tantos avisos, en vez de ser aplacada con la enmienda y la penitencia, ha sido provocada con la continuacion y aumento de las idolatrías y las abominaciones.

Muerte de toda la familia que habia de Acab en Jezrael y de todos sus sacerdotes y de cuarenta y dos sobrinos del rey Ocozías.

Jehú hizo matar á todos los que habian quedado de la casa de Acab en Jezrael, y á todos los principales y familiares (de Acab) y á todos sus sacerdotes, hasta no quedar reliquia de él. Concluida la matanza en Jezrael, salió Jehú para Samaria, y habiendo llegado á una cabaña de pastores que habia en el camino, halló á los sobrinos del rey Ocozías, que acababa de matar, y les dijo: ¿Quiénes sois vosotros? Somos, le respondieron, los sobrinos del rey Ocozías que hemos venido á saludar á los hijos del rey y la reina (de Israel), y dijo Jehú: Prendedlos, y los prendieron y degollaron en una cisterna cercana á la cabaña, sin dejar ni uno de los cuarenta y dos que se encontraron.

Encuentro de Jonadab, hijo de Recab.

Siguiendo su camino y acercándose á la ciudad, se halló con el famoso Jonadab, hijo de Recab, que venia á recibirle. Era Jonadab un Israelita de mucha virtud y de singular piedad, hombre extraordinario que en aquellos tiempos de confusion, de idolatrías y de abominaciones, supo empeñar á todos sus descendientes á que abrazasen un género de vida tan austera que se obligaban á vivir en soledades bajo de tiendas ó en cabañas, sin posesiones, sin bienes... y á no beber jamás vino, obligacion que cumplieron con fidelidad cerca de trescientos años despues en tiempo del profeta Jeremías y del famoso sitio de Jerusalem por Nabucodonosor. (Véase *Recabitas* página 328 del primer tomo.) Jehú le saludó con mucha atencion y le dijo: ¿Es recto tu corazon con el mio, como lo es mi corazon con el tuyo? Lo es, res-

pondió Jonadab. Pues si lo es, replicó Jehú, dáme la mano; y le subió á su carro, diciendo: Ven y verás mi celo por el Señor; y le llevó á Samaria.

Muerte de toda la familia que habia de Acab en Samaria.

En ella hizo quitar la vida á todos los que habian quedado de la familia de Acab sin dejar uno, conforme á la palabra que el Señor habia dicho por boca de Elías. Juntó despues á todo el pueblo, y les dijo: Acab honró poco á Baal, yo le honraré mucho mas. Convocad á todos los profetas de Baal y á todos sus servidores y á todos sus sacerdotes; no quede ni uno que no venga, porque voy á hacer á Baal un gran sacrificio. Todo aquel que no viniere, morirá. Mas Jehú hacia esto con astucia para exterminar todos los servidores de Baal. Es digno sin duda del mayor elogio el celo que muestra aquí Jehú contra el infame culto de Baal; pero no se puede aprobar y menos imitar la ficcion de que se vale; mas él llevó adelanté su engaño. Envió órdenes por todos los términos de Israel y vinieron todos los servidores de Baal, sin que quedase ni uno que no concurriese. Todos entraron en el templo de Baal y todo se llenó de cabo á cabo. Sacad, dijo entonces Jehú á los custodios, las vestiduras para todos los siervos de Baal, y entrando despues en el templo, dijo á los sacerdotes de Baal: Registrad y ved que no haya ninguno con vosotros que no sea servidor de Baal, y principiaron á ofrecer víctimas y holocaustos á Baal. Mientras que los ofrecian, Jehú puso á la puerta del templo ochenta hombres, previniéndoles que si dejasen salir á alguno, su alma seria por el alma del que saliese.